

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Martí impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 277

25 Cts



**HUMANO
EGOISMO**

John Bowers
Margarita
de la Motte

etc.
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 277

HUMANO EGOÍSMO


Comedia cinematográfica de ex-
traordinario interés y sorprendente
desarrollo, interpretada por los
reputados artistas:

JOHN BOWERS, MARGARITA DE LA MOTTE,
etc.

Exclusivas FÉNIX

Rambla Cataluña, 46
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ALICE JOYCE





HUMANO EGOISMO

Argumento de la película

I

Juanito, el hijo de los señores Hower, ricos comerciantes de una pequeña ciudad del Este americano, vino al mundo bajo los mejores auspicios. Las amigas de la feliz madre, actuando de Sybilas junto a la cuna del recién nacido, le pronosticaron un destino brillante, unas en la abogacía, en la medicina otras y, las más, en el comercio, donde la familia Hower había adquirido su fortuna y crédito.

Con tan excelentes vaticinios, Juanito creció rodeado de mimos familiares y halagos extraños. Entre sus compañeros de colegio y de juegos infantiles, gozó de merecido prestigio, tanto por su aprovechamiento en los estudios como por su carácter bondadoso y franco.

La mayor simpatía de Juanito era para la pequeña Betty Bidle, hijo del más rico hacendado de la ciudad. Ella, percatada de la influencia que sobre su amiguito ejercía e impulsada por esa coquetería innata en toda mujer, adoptaba ante Juanito un aire de gracioso orgullo que la hacía aún más atrayente para su infantil adorador.

Entre ambas familias existían estrechos lazos de amistad y los pequeños crecieron en constante convivencia hasta que un día, cuando ella cumplió los quince años y Juanito frisaba en los diez y siete y se disponía a comenzar sus estudios en la Escuela de Ingenieros, la mutua simpatía que desde niños les uniera se transformó en un sentimiento de cariño más profundo que hizo brotar en sus labios las primeras palabras y las primeras promesas de amor.

No hay que decir que las respectivas familias acogieron con benevolencia y satisfacción aquel nuevo lazo que había de estrechar su constante amistad y, de hecho, Juanito y Betty se consideraron, en adelante, destinados a ser marido y mujer.

Durante la permanencia de Juan Hower en la Escuela de Ingenieros, su ciudad natal adquirió un prodigioso desarrollo. Fuentes, hasta entonces ignoradas, de riqueza, fueron puestas en explotación y la industria y el comercio alcanzaron una fuerza progresiva jamás sospechada.

Como consecuencia de esta prosperidad eco-

nómica, no tardó en iniciarse la transformación urbana de la ciudad. A las antiguas calles estrechas y mal pavimentadas, sustituyeron amplias vías y espléndidos bulevares con edificaciones dignas de una capital de primer orden.

John Bidle, el padre de Betty, fué el más entusiasta propulsor del engrandecimiento de su ciudad. Constituyó múltiples Sociedades financieras e industriales y, a medida que su fortuna crecía, eran mayores los beneficios que con ella proporcionaba a sus convecinos.

Para contribuir al resurgimiento de la población, fundó la Compañía General de Construcciones. No permitiéndole sus múltiples ocupaciones dirigir personalmente esta nueva entidad, confió su gerencia a Arturo Barrington, hombre de indudable actividad y de insaciable ambición, cualidades que, en aquellas circunstancias, de no haber salido de los cauces de la honestidad, hubiesen producido óptimos resultados.

Por aquella época terminó Juan Hower su carrera de ingeniero. La brillantez con que había cursado sus estudios, dió pronto sus frutos naturales. Juanito fué el alma de las principales construcciones llevadas a cabo en la ciudad y su nombre no tardó en ser conocido y respetado en todos los centros técnicos de la región.

Tanto Betty como él habían permanecido fieles a la fe que, siendo casi niños, se juraron. Betty tuvo que rechazar y soportar con fre-

cuencia las asiduidades de Arturo Barrington que, más por la fortuna del padre que por amor a la hija, soñó en una unión que había de convertirle en árbitro de los destinos de la ciudad.

Cuando Juanito terminó su carrera, se reanudó el idilio interrumpido.

Si durante el día él permanecía esclavizado por la multiplicidad de sus trabajos, todas las noches, en casa de ella, donde se reunían las principales familias de la ciudad, los jóvenes prometidos encontraban siempre ocasión de separarse del resto de los invitados para buscar en el jardín, envuelto en las sombras de la noche o iluminado por la luz propicia de la luna, marco adecuado a sus sueños de amor.

Hablaban del presente colmado por la realidad del mutuo y poderoso sentimiento que unía sus corazones, y del porvenir, en el que brillaba la estrella maga engendradora de halagüeñas esperanzas.

—Mis triunfos, la prosperidad creciente de los negocios que se me confían — afirmaba Juanito estrechando una de las manos que Betty le abandonaba — nada valdrían si no fuesen los cimientos en que ha de descansar nuestra felicidad futura.

—Si no sirviesen para tu propia satisfacción — replicaba ella—, nada me importarían esos triunfos ni esas prosperidades. Pobre o rico, famoso o desconocido, nunca mi amor había de faltarte.

—Pero yo tengo el deber de no restar un

átomo a tu dicha presente. En casa de tu padre hallas comodidades y satisfacciones que, en la actualidad, yo no puedo ofrecerte. Es preciso esperar, Betty mía, a que mi situación se consolide. Nada importa la espera cuando una dicha indudable nos aguarda. Cuanto mayor es la sed, más sabrosa es el agua que la apaga.

II

Una de las edificaciones realizadas por la Compañía General de Construcciones que más habían llamado la atención en la ciudad a causa de su aparente suntuosidad, era, sin duda, la destinada a Casas Consistoriales. De proporciones gigantescas y de magnífica traza, parecía aquel edificio estar destinado a constituir el mayor orgullo de la floreciente población.

Se elevaba en una amplia plaza, aún en construcción, y era capaz para albergar en él todos los modernos servicios municipales.

A tres millones de dólares se elevaba el coste de las obras que, según Barrington, habían sido realizadas empleando materiales de primera calidad.

El alcalde, el pulcro y obeso Bartolomé Slo-

ne, se mostraba ante sus administrados satisfechísimo del resultado espléndido de sus iniciativas. El fué quien, de acuerdo con Barrington, ideó aquel edificio y veló por su acertada construcción. Y no pararían allí las mejoras que el Municipio de su digna presidencia se proponía llevar a cabo. Inmediatamente y siempre con la colaboración del activo Barrington, iban a comenzar a levantarse los locales destinados a escuelas públicas que serían otra maravilla y otro milagro realizados por la Compañía General de Construcciones cuya actuación estaba garantida por el respetado y honorable nombre de John Bidle.

Pero no obstante estos alardes del señor Slone que tanto halagaban a Arturo Barrington, en una entrevista confidencial de los dos amigos, el cielo de sus esperanzas quedó eclipsado por oscuros nubarrones nada tranquilizadores.

Era en el despacho del obeso alcalde. Barrington interrogaba a su amigo.

—¿Cree usted, Slone, que los tres millones se cobrarán definitivamente esta semana?

—Mañana mismo — replicó el alcalde demostrando gran contrariedad — los cobraría yo, que buena falta me hace la cantidad que me corresponde. Pero se ha presentado una dificultad con la cual no contábamos.

—¿Una contrariedad? Puesto que las obras están terminadas y hecha entrega del edificio, el Municipio no puede negarse a pagar.

—Poco a poco, querido Barrington. Las

obras, no hay duda que están terminadas. Pero la entrega del edificio no se ha consumado.

—Habría sido por negligencia de usted. — interrumpió Barrington sin ocultar su mal humor.

—No diga tonterías. ¿Cómo quiere que ponga negligencia en un asunto cuya resolución significa para mí un beneficio de setecientos cincuenta mil dólares? ¿No es esa la cantidad?

Y ante un gesto afirmativo de su interlocutor, continuó:

—La dificultad es de índole bien distinta. Ayer, en la sesión del Concejo, abordé resueltamente el asunto encareciendo la necesidad de pagar, puesto que ha transcurrido el plazo estipulado. Pero mis dignos compañeros acordaron por unanimidad que no se diese ni un céntimo sin que un ingeniero de reconocida suficiencia y honorabilidad dictaminase sobre la excelencia de los materiales empleados en la construcción y sobre la solidez de la misma.

—No creo que vaya a cometer ese disparate.

—No me juzgue tan imbécil. Si diese ese paso sin atar antes bien los cabos, usted y yo iríamos derechitos a la cárcel. Pero no veo la solución del conflicto.

—Espere. Se me ocurre una idea — exclamó Barrington, después de un breve silencio—. La plaza de ingeniero municipal está vacante. ¿Por qué no nombra para ella a Juan Hower? Ese muchacho, además de gozar de un gran prestigio, tiene ambición y podremos

convertirlo en instrumento ciego de nuestros intereses.

Slone aceptó la idea de Barrington y, llamando al joven ingeniero por teléfono, le rogó que pasase cuanto antes por la alcaldía para comunicarle un asunto de la mayor importancia.

—Yo me retiro — dijo Barrington—. Es mejor que hable usted a solas con él. Pero no vaya a decirle nada de la negativa del Concejo a pagar. Límitese ahora a participarle su decisión de nombrarle ingeniero municipal. Lo demás vendrá después.

A poco de salir Barrington de la Alcaldía se presentó en ella Juan Hower. Slone le recibió con grandes demostraciones de afecto. Le hizo sentar a su lado y le comunicó su propósito de recompensar sus talentos con el importante nombramiento de ingeniero municipal.

—La ciudad necesita de hombres como usted — añadió halagador—. Ninguno más indicado que usted para ocupar ese puesto que, yo le ruego, acepte, aunque sea imponiéndose un sacrificio en provecho de sus convecinos.

Hower escuchó la proposición del alcalde, primero, con sorpresa y, luego, con inocultable alegría. Aquel cargo de excepcional valor, significaba, no sólo un justo motivo de orgullo para sus aspiraciones profesionales sino la consolidación de su porvenir y, por lo tanto, la posibilidad de casarse en plazo breve con su adorada Betty.

Aceptó, por lo tanto, reconocido, dispuesto a

comenzar desde el día siguiente sus funciones y corresponder al honor que se le hacía.

Aquella noche, en casa de Bidle recibió los parabienes de los principales personajes de



—*La ciudad necesita de hombres como usted...*

la ciudad entre los que se contaban numerosos miembros del Concejo. Esto convenció a Slone de que la firma de Hower garantizando la construcción del Palacio Municipal, sería acatada sin discusión.

III

A la mañana siguiente Juan Hower tomó posesión de su cargo.

Slone y Barrington no perdieron el tiempo. Aquella misma tarde, el alcalde se presentó en el despacho del flamante ingeniero municipal.

—Aquí traigo — le dijo — varios documentos que deseo poner a su firma. Son asuntos de trámite pero cuyo término se aplazó hasta proveer la plaza de ingeniero.

Hower echó una rápida mirada sobre aquellos expedientes. Entre ellos figuraba uno garantizando la perfección de las obras del Palacio municipal.

—Déjeme este documento, señor alcalde — dijo a Slone—. Lo firmaré mañana cuando haya hecho un detenido reconocimiento del edificio.

—¡Por Dios, querido Juanito! — se apresuró a decir Slone—. Desde luego queda dispensado de esa formalidad. Sería incorrecto en mí exigirle cometer un acto que significaría poner en entredicho la honestidad de la Compañía de Construcciones fundada y diri-

gida por el intachable señor Bidle, padre de su prometida.

Hower cayó en la trampa. Firmó la garantía convencido de que, puesto que el alcalde



—Déjeme este documento, señor alcalde.
Lo firmaré mañana...

mostraba aquella plena confianza en la Compañía fundada por Bidle, no debía ser él quien realizase ningún acto revelador de la más pequeña duda sobre la honradez bien probada del padre de Betty.

Aquella misma noche, para celebrar el nemi-

bramiento de Juan Hower y el éxito de sus manejos particulares y secretos, Slone invitó a sus amigos a una comida en uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad. Entre los invitados, además del festejado, de Arturo Barrington y de John Bidle y su hija, figuraba Magdalena Clower, prima de Barrington y viuda de un rico hacendado que la dejó heredera de una bien saneada fortuna. Magdalena, mujer impresionable y enamorada de todo lo que significa esplendor o triunfo, hizo a Hower objeto de continuas e insinuantes atenciones. El ingeniero, un poco envanecido por sus triunfos, se entregó con agrado a aquella halagadora distinción de que le hacía objeto una mujer considerada como la más bella y codiciada de la ciudad.

Betty no podía ocultar la contrariedad que en ella producían las atenciones con que Hower correspondía a la peligrosa viudita. Pero demasiado bien educada para exteriorizar sus sentimientos, procuró disimular aunque, obedciendo al deseo de desquite que toda mujer siente al creerse menospreciada, aparentó escuchar con complacencia los continuos galanteos de que, como siempre, la hizo objeto Barrington.

Al regresar a su casa acompañada de Hower, cuando éste le preguntó a qué hora la recibiría la noche siguiente, ella, insistiendo en su plan de desvío por lo sucedido en el restorán, se disculpó asegurando que Barrington había

quedado en ir a buscarla para acompañarla al teatro.

No protestó Juanito. Se marchó ocultando el despecho por el desaire recibido aunque segu-



...la contrariedad que en ella producían las atenciones con que Hower correspondía a la peligrosa viudita...

ro de que las palabras de Betty no respondían a los sentimientos de su corazón.

Pocos días después, encontrándose Juanito en su despacho oficial consagrado al trabajo, sintió que el edificio del nuevo Palacio Muni-

cipal retemblaba con inquietadora violencia al estallar un barreno en las obras de la gran plaza donde la construcción se hallaba enclavada. Un detenido reconocimiento en su propio



Al regresar a su casa, ella, insistiendo en su plan de desvío...

despacho, le descubrió que la explosión del barreno había abierto una profunda grieta en uno de los muros. Desconfiando ya de la bondad de los materiales empleados en las obras de aquel edificio que tan fácilmente se resentía a la más pequeña vibración del terreno, sin

avisar a nadie, completamente solo, realizó una inspección general quedando dolorosamente sorprendido al convencerse de que el Palacio Municipal había sido construido con materiales de tan pésima calidad que, a los tres meses de quedar concluido, amenazaba inminente ruina.

Este descubrimiento no disminuyó en un ápice la ilimitada confianza que Bidle le inspiraba. Pero despertó en él serias dudas sobre la honorabilidad de Slone y, sobre todo, de Barrington.

Aquella noche se celebraba en casa de Bidle una fiesta musical a la que acudía lo más escogido de la ciudad.

Hower asistió a ella con el propósito decidido de tener una explicación con Barrington y, si era preciso, con el propio Bidle.

En la fiesta estaba Magdalena Clower que en vano trató aquella noche de prender de nuevo en las redes de su seducción al joven ingeniero.

Juanito atento sólo a los propósitos que le animaban, se mostraba preocupado y distraído, buscando la ocasión de hablar sin testigos a Slone y a Barrington.

Mientras un famoso violinista deleitaba a la concurrencia con las exquisiteces de su arte Hower pudo preparar la entrevista que deseaba. Se celebró en el despacho de Bidle y en ella expuso al alcalde y a Barrington el lamentable resultado de sus investigaciones. Pero ellos rechazaron indignados las afirmaciones del joven ingeniero recordándole que

él mismo había firmado el documento de garantía.

Esta insidiosa respuesta a sus honradas advertencias, convencieron a Juanito de la com-



...Hower asistió a la fiesta con el propósito decidido de tener una explicación con Barrington...

plicidad de aquellos dos hombres cuyo proceder había ya despertado en diferentes ocasiones sus sospechas. Decidió informar directamente a Bidle de lo que ocurría.

No tardó en hallar ocasión de hablar a solas con el padre de su prometida.

—Perdone — le dijo cuando se hallaron a solas — que le aleje, por un momento, de la obligación de atender a sus invitados y de los placeres de la música. Pero necesito hacerle una revelación de la mayor importancia.

—Ya sabes, Juanito — replicó Bidle — que siempre me tienes a tu disposición. Habla. ¿Qué ocurre?

—Me consta que, aun siendo usted en realidad el socio capitalista de la Compañía General de Construcciones, su intervención en los negocios de ella es casi nula, tanto por exigencias de otras múltiples atenciones que absorben y esclavizan su tiempo como por la confianza ilimitada que tiene puesta en Arturo Barrington.

—Confianza — interrumpió Bidle — que cada día se acrecenta más gracias a los continuados éxitos de su acertada gestión. Ahí está reciente el triunfo obtenido con la construcción del nuevo Palacio municipal de cuya magnificencia y solidez todo el mundo se hace lenguas y que, sin embargo, nos ha proporcionado una ganancia nada despreciable.

—Precisamente de este asunto quería hablar con usted. No obstante la opinión general que usted comparte, en la construcción de ese edificio, lejos de emplearse los materiales de primera calidad que estaban convenidos, se emplearon otros tan ínfimos como hubieran podido utilizarse en la más pobre de las viviendas.

—¿Qué dices, muchacho? — exclamó Bidle

cuya sorpresa le hizo ponerse en pie y acercarse, indagador, al joven ingeniero que formulaba tan grave acusación.

—Digo, señor Bidle, que, un detenido reconocimiento verificado hoy por mí en el Palacio Municipal, me ha dado el convencimiento de que, caso de no sobrevenir circunstancias que lo apresuren, el derrumbamiento del edificio y la consiguiente catástrofe no tardarán ni tres meses en producirse.

La sorpresa que las primeras palabras del prometido de su hija produjeron en Bidle, brilló ahora en sus ojos convertida en indignación. Tan seguro estaba de la honradez y adhesión de Barrington que toda sospecha sobre su proceder la tomaba como una ofensa personal. Así se lo expuso con palabras de no disimulada cólera al joven ingeniero, añadiendo:

—No tolero que insultes de ese modo a un ausente. Tengo la certeza de que sólo la ambición que te domina te ha inspirado esa falsa delación, indigna de un hombre de honor. Desde hoy puedes excusarte de venir a esta casa ya que, aunque indirectamente, has tratado de manchar con el lodo de la calumnia mi reconocida probidad.

Y, dando por terminada la entrevista, Bidle abandonó el despacho. Hower no trató de detenerle convencido de que todos sus esfuerzos se estrellarían contra la ciega confianza que Barrington le inspiraba. Volvió él también al

salón de fiestas y rogó a Betty que le siguiese al jardín.

—Acabo de tener con tu padre una violenta discusión — le dijo cuando se hallaron en el rincón florido, testigo tantas veces de sus coloquios de amor —. El mismo me ha rogado que me abstenga de venir por esta casa. Tengo la certeza, no obstante, de que no ha de tardar en convencerse de la injusticia de su proceder. Mientras tanto, Betty mía, ten la seguridad de que ni un minuto dejaré de pensar en ti.

Pero Betty, en la que aun duraba el recuerdo de las sospechosas asiduidades de Juanito con Magdalena Clower, lejos de pronunciar la palabra de consuelo que su prometido esperaba, replicó con femenina crueldad:

—Mi padre tiene razón en cuanto hace. Sin duda, tú mismo provocaste esa discusión para alejarte de mí. Haz lo que quieras. Yo te devuelvo la libertad.

Y, altiva, desdeñosa al parecer, pero con el corazón deshecho por el sacrificio otorgado a su orgullo, se alejó lentamente dejando al incomprendido, al meritísimo y honrado ingeniero, entregado al dolor amargo que siempre despiertan en los buenos las ingratitudes injustificadas.

IV

Pocos días después, cuando terminada la comida de la tarde, Bidle saboreaba una taza de café, un criado le presentó una tarjeta en donde aparecía impreso un nombre desconocido y, debajo, como aclaración precisa,

Delegado especial del gobierno

Bidle recibió inmediatamente a su visitante y le preguntó, cambiados los saludos de rúbrica, a qué debía el honor de su visita.

—He sido nombrado delegado especial del gobierno — explicó Jacobo Billy, que así se llamaba el desconocido—, para realizar una inspección ocular y detenida de todas las construcciones realizadas en esta ciudad por cuenta del Municipio. Y, aunque me consta que usted, en realidad, para nada interviene en los asuntos de Compañía General regida por Arturo Barrington, espero que no me negará su valioso concurso para el mejor cumplimiento de mis deberes.

—Puede estar seguro, señor delegado — se apresuró a responder Bidle—, de que con el mayor placer facilitaré su labor investigadora en todo aquello cuanto de mí dependa. No le

ocultaré, como ha dicho muy bien, que de la marcha interna de la Compañía General de Construcciones apenas estoy impuesto, por no intervenir directamente en ella. No obstante, si alguna responsabilidad se desprendiera, estoy dispuesto a asumirla en la parte que me corresponda.

—No se trata — explicó el delegado—, por ahora al menos, de deducir responsabilidades, caso que las hubiese. Se intenta sólo reunir elementos de juicio necesarios para emitir un documentado dictamen.

—Si le parece, señor delegado, mañana mismo visitaremos al señor alcalde, don Bartolomé Slone, pues nadie mejor que él para su ministrarle los antecedentes que necesita.

Y, así convenido, se despidieron hasta el día siguiente.

Cuando le fué anunciada al robusto Slone la presencia en el Ayuntamiento de un delegado del Gobierno, sintió que sus piernas, nada débiles, se doblaban. No obstante, sacando fuerzas de flaqueza, recibió con la mayor amabilidad a su visitante que llegó acompañado de Bidle.

En breves palabras expuso el delegado el motivo de su viaje a la ciudad. Al escucharle Slone creyó que la tierra se hundía bajo sus pies y que los rayos de la más espantosa tormenta fulguraban sobre su frente. También en esta ocasión logró rehacerse a tiempo y, con la más beatífica de las sonrisas, exclamó estrechando la mano del delegado:

—Encantadísimo, señor mío, encantadísimo del honor que nos otorga el gobierno al preocuparse del desarrollo urbano de esta ciudad y de habernos enviado persona tan gratísima como usted. Excuso decirle el placer con que ayudaré sus investigaciones encaminadas a defender los intereses de mis convecinos, que me nombraron su administrador.

—En ese caso — terminó el delegado — mañana mismo empezaremos nuestra labor examinando el contrato y los demás documentos relativos a la construcción del palacio municipal. Después procederemos a un reconocimiento ocular del edificio.

—Perfectamente, perfectamente — repitió Slone mientras acompañaba a sus visitantes hasta la puerta. Y, cuando los vió salir, ya sin fuerzas, se dejó caer anonadado en la butaca más próxima. No tuvo tiempo de entregarse a solas a su desesperación. Barrington no tardó en presentarse. Con palabras entrecortadas, el alcalde le puso al corriente de lo que sucedía. Barrington no era hombre que se entregara fácilmente a lamentaciones inútiles. Cuando se metía en un atolladero como aquel donde ahora estaba metido, su única preocupación era salir de él lo más airoosamente posible. Además, su natural falso e intrigante, se prestaba a urdir una infamia mayor para escapar de otra más pequeña.

—No hay que amilanarse, querido Slone — dijo a su amigo—. Afortunadamente, por muy malas que sean las intenciones de ese delega-

do de los demonios, nosotros tendremos siempre el medio de quedar a cubierto. Puesto que Hower firmó la garantía del edificio, él será el único responsable.

—Decididamente — declaró Slone casi tranquilizado y sin pararse a medir la infamia que significaban las palabras de Barrington—, tiene usted más talento que yo. Creo que no debemos perder el tiempo e informar a Hower de lo que ocurre y de la tormenta que le amenaza. Así nunca podrá tacharnos de mal comportamiento.

Juanito se hallaba en su despacho cuando los dos compinches fueron en su busca.

La entrevista fué bastante breve pero aun más significativa. Slone puso en antecedentes al ingeniero de la llegada del delegado del gobierno y de los propósitos que le habían traído a la ciudad. Después, añadió con acento de conmiseración:

—Todo esto lo sentimos, tanto Barrington como yo, por las molestias que pueda ocasionar a usted. La responsabilidad del resultado de la investigación ha de recaer exclusivamente sobre el ingeniero que firmó la garantía del edificio. Esperamos, no obstante, que estando su conciencia tranquila, nada tendrá que temer.

—Se olvida sin duda, señor alcalde — advirtió Hower—, que usted mismo me instó a no realizar el reconocimiento que me proponía hacer en el edificio antes de firmar su garantía.

—Yo, señor ingeniero, me limité a expre-

sarle una opinión particular que usted aceptó como buena, sin discusión. Ya sabrá por qué lo hizo.

Y después de estas descarnadas palabras, Barrington y Slone abandonaron el despacho del ingeniero municipal.

VI

Al día siguiente, Magdalena Clower recibió la visita de su primo. Se mostraba más satisfecho que de costumbre como se suele mostrar toda persona de malos instintos cuando cree que va a comunicar una noticia desagradable. Después de dirigir algunos galanteos a la bella viudita, añadió adoptando un aire compungido:

—Siento entristecer esa radiante alegría que hoy descubro en tus ojos, querida primita. Pero he de comunicarte una mala noticia. El delegado del gobierno va a decretar la prisión de Juan Hower.

—Estoy segura de su inocencia — replicó

ella — y no dudo de que no ha de tardar en hacer revelaciones sensacionales.

—¿Revelaciones sensacionales? — indagó Barrington queriendo adivinar el sentido oculto que escondían las palabras de su prima.

—Y tan sensacionales. Como que a consecuencia de ellas puede que la rehabilitación suya vaya seguida de la prisión y procesamiento de ciertas personas que ahora se regocujan creyéndose a salvo de toda responsabilidad.

Cuando Barrington se disponía a pedir una nueva aclaración a aquellas enigmáticas amenazas, una llamada insistente del teléfono le interrumpió.

Era Slone que solicitaba con urgencia que Barrington se acercase al aparato.

—Escuche — dijo cuando se hubo cumplido su deseo—. Estamos perdidos, totalmente perdidos. El delegado ordenó nuestra detención y procesamiento. Parece que tiene las pruebas de nuestra culpabilidad. Es preciso que vaya inmediatamente a mi despacho y se apodere de cuantos documentos puedan comprometernos.

—Está bien. Iré en seguida — replicó Barrington colgando el auricular y disponiéndose a abandonar la estancia después de recoger su abrigo y su sombrero.

Magdalena le detuvo. Una irónica sonrisa vagaba en sus labios.

—¿Se van aclarando ya mis palabras, querido primo?

Barrington le dirigió una mirada llameante de cólera e indignación y continuó su camino hacia la calle.

A aquella misma hora John Bidle comunicaba a su hija la acusación lanzada contra Hower. Todos los resentimientos que Betty tenía con su prometido, desaparecieron ante aquel anuncio.

Se abrazó sollozando a su padre y con voz entrecortada por el temor le interrogó:

—¿Y lo llevarán a la cárcel?

Bidle no contestó. Pero su silencio equivalía a una afirmación. Entonces, ella se sintió poseída de un valor hasta entonces jamás experimentado y una idea audaz cruzó por su imaginación. Correr en busca del hombre amado y advertirle del peligro que le amenazaba.

Cuando llegó al palacio municipal no era ya hora de oficinas. El gigantesco edificio se hallaba casi vacío. Subió rápidamente las escaleras y se dirigió al despacho del alcalde creyendo encontrar allí a Hower. Al franquear la entrada, quedó sorprendida. Muchedumbre de papeles y documentos se hallaban esparcidos por el suelo e inclinado sobre ellos, como buscando algo de inestimable valor, estaba Barrington.

Sin embargo, se limitó a preguntar:

—¿Y Juanito? ¿Dónde está?

Barrington dudó un momento. Pero, luego, con la rapidez que le caracterizaba para improvisar infames calumnias, replicó:

—Considerándose culpable, huyó llevándose

de aquí importantes documentos que lo condenaban.

—¡Miente! — gritó Betty—. El autor de este despojo y responsable de todo, es usted, usted solo.

Barrington, comprendiendo el peligro que los gritos de aquella mujer significaban para sus propósitos, se abalanzó sobre ella y trató de reducirla. No pudiendo conseguirlo, la encerró en la habitación del teléfono, inmediata al despacho. Cuando Betty quedó sola, se arrojó sobre el aparato y trató de comunicar con Hower.

—¡Juanito! — gritó—. Estoy aquí, en el despacho del alcalde. ¡Soeorro!

No pudo decir más. Barrington penetró en la habitación y destruyó el teléfono arrojándolo contra el suelo. Luego, trató de huir. Pero al franquear la puerta, se encontró cara a cara con Juan Hower, quien, adivinando lo que sucedía, acometió con rabia a su rival. Cuando más empeñada era la lucha, la detonación de un nuevo barreno en las obras de la plaza en construcción, retumbó trágicamente en el edificio. Se desprendió parte del techado del despacho del alcalde. Luego, un muro. Después, otro. El hundimiento previsto por Hower comenzaba.

Los transeúntes que en aquel momento cruzaban ante el Palacio Municipal, vieron con terror como la gran cúpula del edificio se desmoronaba cual si sólo de arena estuviese fabricada. A la cúpula siguieron las techumbres;

a las techumbres, los bastimentos; a los bastimentos, los grandes paños de la fachada.

El pánico cundió por la ciudad. Una enorme



...Barrington penetró en la habitación y destruyó el teléfono...

muchedumbre contemplaba asombrada el imponente derrumbamiento.

Se organizaron los trabajos de salvamento. Y, a la máxima velocidad de sus vehículos, acudió el cuerpo de Bomberos.

Sobre una de las ventanas más altas del edi-

ficio, aparecieron aterrORIZADOS Betty, Hower y Barrington.

No siendo posible auxiliarles de otra manera, se tendió el lienzo salvavidas y se les invitó a



...adivinando lo que sucedía, acometió con rabia a su rival...

que se lanzasen al espacio. Betty dudaba horrorizada por la gran altura. Barrington, cobarde como todos los infames, buscaba otra salida que mejor se aviniese con su falta de valor. Hower, para infundir ánimos a Betty se lanzó primero. Le siguió ella, cerrando los

ojos. Y, un instante después, el edificio se derrumbaba por completo quedando convertido en un montón de ruinas.

.....

Aquella noche, cuando Betty, al lado de su padre se reponía de las hondas emociones experimentadas, se presentó en la casa el delegado del Gobierno. Venía acompañado de Hower. Bidle quedó sorprendido porque suponía que, después de lo sucedido, Juanito estaría en la cárcel.

La explicación de todo, la dió el delegado.

—El señor Hower — dijo —, fué quien denunció al Gobierno los manejos de Slone y de Barrington. Se acordó guardar reserva acerca de su participación para no poner sobre aviso a los culpables. Hoy mismo, el alcalde prevaricador ha ingresado en la cárcel y Barrington encontró su castigo pereciendo en el hundimiento del funesto Palacio Municipal. En cuanto a este dignísimo ingeniero, tengo en cargo del Gobierno de proponerle ocupar la Dirección de Obras públicas en pago a sus servicios y a su talento. ¿Acepta, señor Hower?

—Gracias, señor delegado — repuso Juanito —. Si algún mérito hice en la vida, el mejor premio aquí me aguarda. ¿No es cierto — añadió estrechando entre sus brazos a Betty —, que, tú y sólo tú, puedes otorgármelo?

FIN

Próximo número: EXTRAORDINARIO

SÁBADO, día 30 de abril

LAS LAGRIMAS DE NINI

por SANDRA MILOWANOFF, ANDRÉE ROLANE, etc.

Postal-fotografía regalo: PATT O'MALLEY

Compre usted el mismo SÁBADO, día 30 del corriente
este interesante NÚMERO EXTRAORDINARIO

Un éxito enorme

está obteniendo el libro 10 de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

EL FIN DE MONTECARLO

por FRANCESCA BERTINI, JEAN ANGELO, etc.

¡NO DEJE USTED DE COMPRARLO!

Lea usted mañana

el libro 79 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

UNA YANQUI EN LA ARGENTINA

por

Gloria SWANSON, Antonio MORENO, etc.